

tenía en Roma una larga conferencia con el cardenal Antonelli, secretario de Estado del Padre Santo, en la cual se esforzó en vano por hacer aceptar á la Santa Sede la idea del vicariato.

Resultado: que la política francesa tropezaba al mismo tiempo con una doble negativa: la del fuerte, que confiando en adelante en su fuerza, se sacude de la mano que lo había sostenido, y la del débil, que prefería su debilidad al recurso precario de una transacción.

Con su actividad característica, Cavour vió á Farini, gobernador de la Emilia (nombre que se dió desde 1.º de enero á la reunión de Parma, Módena y la Romana), y se puso de acuerdo con Ricasoli, dictador de Toscana. «Es menester, le dijo, que todo esté concluído para el 15 de marzo.» La respuesta á los avisos de Francia fué la convocatoria, en los cuatro Estados de la Italia central, de los electores llamados por segunda vez á decidir de su suerte. Como se había puesto en duda la sinceridad del primer escrutinio, se resolvió que esta vez la votación sería universal.

En la Emilia, el resultado de la votación estaba previsto de antemano. La unión con Cerdeña existía de hecho, y cuantos decretos se habían promulgado hacía muchos meses no tuvieron más objeto que afirmarla. El Piamonte tenía en todas partes sus agentes, de suerte que la votación sería dirigida por los mismos que debían aprovecharse de ella. El resultado fué que de 426.000 electores, sólo 750 votaron contra la anexión al Piamonte.

En Toscana, donde la unanimidad no era tanta, comenzó la votación el 11 de marzo y duró hasta el 15. De 386.445 electores, 14.925 votaron por un reino separado, hubo 4.929 votos nulos, y el resto ó sea 366.571 se decidieron por la anexión á Cerdeña.

El 18 de marzo llegó Farini á Turin, y entregó á Víctor Manuel el acta de la votación de la Emilia. El rey aceptó con efusión este magnífico homenaje y exclamó: «En adelante llamaré á esos pueblos mis pueblos.» Haciendo luego alusión á las Romanas, añadió que estaba dispuesto á reconocer la alta soberanía del Padre Santo, á defender su independencia y á contribuir al brillo de su corte. Cuatro días después Ricasoli presentó al rey el acta de la votación de Toscana, que el monarca aceptó sin reserva, disponiendo que el gobierno piamontés se encargara de estos nuevos territorios el 25 de marzo. Sin perder tiempo se efectuaron en todas partes las elecciones para diputados, y el 2 de abril se reunió en Turin el primer parlamento del Piamonte engrandecido.

## V

## NIZA Y SABOYA

El 1.º de marzo de 1860 se celebró la solemne apertura de las Cámaras francesas. El discurso de la corona era siempre un acontecimiento, pues el mismo Napoleón III lo redactaba y corregía las pruebas con el mayor cuidado. Cifrando en su redacción el amor propio de monarca y de escritor, los pronunciaba con voz sonora. El emperador era un publicista coronado, cuyo lenguaje lo mismo lo podían comprender los hombres ilustrados que las masas.

El discurso de la corona de 1860 fué más leído y comentado que de costumbre. Era como un oráculo cuyo sentido procuraba adivinar cada cual.

Refiriéndose al resultado de la guerra de Italia, decía el emperador: «Confío en que las dificultades tocan en Europa á su término, y la Italia está en vísperas de constituirse libremente. El pensamiento dominante del tratado de Villafranca consistía en obtener la independencia del Véneto en cambio de la restauración de los archiduques. Mas habiéndose frustrado esta transacción, á pesar de mis vivas instancias, he manifestado mi sentimiento lo mismo en Viena que en Turin. Garantizando con mi ejército á Italia de la intervención extranjera, me asistía el derecho de fijar los límites de esta garantía. Por eso no he vacilado en declarar al rey de Cerdeña que, sin perjuicio de dejarle la entera libertad de sus acciones, no me era posible seguirle en una política que tenía la falta de aparecer á los ojos de Europa como deseosa de absorber todos los Estados de Italia y amenazaba con nuevas complicaciones. Le he aconsejado que respondiera favorablemente á los votos de las provincias que se le ofrecían espontáneamente, pero que mantuviera la autonomía de Toscana y respetara en principio los derechos de la Santa Sede. Si este concierto no satisface á todos, tiene al menos la ventaja de conservar los principios, de calmar los recelos y hace del Piamonte un reino de más de nueve millones de almas.»

El emperador hacía en seguida presentir la próxima anexión de Saboya y Niza. «En vista de esta transformación de la Italia del Norte — decía en su discurso, — que entrega á un Estado poderoso todos los pasos de los Alpes, era deber mío velar por la seguridad de nuestras fronteras y reclamar las vertientes francesas de las montañas. Esta reivindicación de un territorio de corta extensión no tiene nada que deba alarmar á Europa ni da un mentís á la política de desinterés que he proclamado más de una vez, porque Francia no puede proce-



der á ese engrandecimiento, por pequeño que sea, ni por una ocupación militar, ni por una insurrección provocada, ni valiéndose de trabajos de zapa, sino exponiendo francamente la cuestión á las grandes potencias.»

Napoleón, al hacer alusión en su discurso á la anexión de Niza y Saboya á Francia, no anunciaba una cosa nueva. En las entrevistas que celebró con Cavour en Plombières y de las que se ha tratado con alguna extensión en el tomo anterior, se estipuló ya que si llegaba á fundarse un gran reino en la alta Italia, Francia podría reivindicar aquellos territorios en calidad de compensación y sobre todo por su seguridad. Más adelante, como la paz de Villafranca sólo satisfizo á medias las ambiciones italianas, el emperador no juzgó prudente el pago de un servicio que había quedado incompleto, y el 15 de julio de 1859 dijo Napoleón á Víctor Manuel: «Hagamos caso omiso de aquello de Niza y Saboya.»

Pero tan luego como, á principios de 1860, Cerdeña no disimuló ya sus codicias, el emperador opinó que sería una tontería diferir por más tiempo sus reivindicaciones. La diplomacia francesa comenzó sus trabajos en este sentido, procurando desde luego atraerse á Inglaterra; pero esta nación se puso abiertamente en contra de Francia, y aun procuró que las cortes de Viena, Berlín y San Petersburgo imitaran su ejemplo, aunque no logró ningún resultado.

Próximas ya las votaciones definitivas de Toscana y la Emilia, Napoleón hizo que M. de Talleyrand, ministro de Francia en Cerdeña, entregara á Víctor Manuel una carta suya autógrafa, en la cual el emperador no se limitaba ya á formular deseos más ó menos vagos, sino que expresaba claramente su voluntad, diciendo que si el Piamonte consentía en renunciar á Toscana y en favorecer el establecimiento de un reino separado, la corte de las Tullerías se abstendría de toda reclamación territorial; pero que si Cerdeña absorbía toda la Italia central, el engrandecimiento sería demasiado considerable para que Francia no estipulara algo en su favor, y en este caso, recordando los compromisos contraídos, reclamaba la cesión de Niza y Saboya.

Como esta terminante insinuación no tuvo resultado, Napoleón se decidió á obrar sin pérdida de tiempo, y su ministro de Negocios extranjeros expidió un telegrama á M. de Talleyrand, que había acompañado á Víctor Manuel á Milán con objeto de asistir á las fiestas del Carnaval. El ministro de Francia recibió el despacho al salir de un baile ofrecido al rey por las personas notables y el comercio de la ciudad; lo descifró al instante y vió que en él se le ordenaba dar inmediatamente cuenta al conde de Cavour de la retirada de las tropas francesas que aún quedaban en Lombardía, y que emprendiera con urgencia las negociaciones relativas á Saboya y Niza. Talleyrand comunicó al punto el despacho á Cavour, que era demasiado perspicaz para formular objeciones de ninguna clase. Pareció, sin embargo, algo sorprendido de la orden de evacuación de Lombardía por las tropas francesas, y luego se limitó á decir con algún despecho: «Parece que el emperador tiene mucho empeño en adquirir la Saboya y esa desgraciada ciudad de Niza.»



EL CARDENAL ANTONELLI

Secretario de Estado del papa Pío IX



El ministro piemontés quiso todavía contemporizar, apelar á subterfugios, resignarse en último caso á la entrega de Saboya y salvar á Niza; pero las noticias que iba recibiendo de Francia acerca de la firme resolución del emperador le obligaron á ceder. Por su parte Napoleón, confiando en que un amigo de Italia lograría, mejor que cualquier otro diplomático, vencer todas las resistencias, envió á Turín á M. Benedetti, director de los asuntos políticos en el ministerio de Negocios extranjeros, dándole por instrucciones que no se prestase á ninguna discusión, que huyera de todo aplazamiento y que no volviera á París hasta después de firmar el tratado.

Conforme le previno el emperador, Benedetti se mostró inflexible á las resistencias y demoras de Cavour, y por fin el 24 de marzo se firmó en Turín por los plenipotenciarios de Francia Talleyrand y Benedetti y los de Cerdeña Cavour y Farini, ministro del Interior, el tratado en virtud del cual Víctor Manuel cedía á Francia la Saboya y el condado de Niza, salva la aprobación del Parlamento y de las votaciones plebiscitarias de las poblaciones interesadas. Por penosa que fuera esta resolución para el monarca sardo, era evidente su necesidad y natural también que la gran mayoría del Parlamento y del pueblo italiano la reconocieran. La izquierda, por supuesto, aprovechó esta cuestión para formular ataques contra Cavour; pero el principio del plebiscito quitó la fuerza á su opinión. Verdad es que Garibaldi, hijo de Niza, se levantó furioso contra el ministro y anunció una proposición contra la cesión, proposición que fué puesta á discusión, pero por una gran mayoría se pasó en la sesión del 12 de abril á la orden del día, «esperando que el gobierno protegería las garantías constitucionales y la libertad del plebiscito.» Garibaldi dimitió el 23 de abril su cargo de diputado y buscó consuelo á su dolor patriótico en la liberación de Sicilia.

Por lo que respecta á la libertad del plebiscito en las provincias cedidas hubo muchas dudas, pues Napoleón, deseoso de que diera un brillante resultado, había enviado á Saboya al senador Laity y á Niza á Pietri, para preparar del mejor modo el sufragio universal, y estos dos agentes no omitieron nada para atemorizar á la oposición. Pero aunque no se hubiera dado toda la libertad é independencia al plebiscito, habría dado una mayoría á favor de la anexión, sobre todo en Saboya, que por su lengua, costumbres y comercio, tenía interés en formar parte de Francia, tanto más, cuanto que los saboyanos estaban seguros de que en la nueva monarquía del Norte de Italia no podían ya pretender la influencia que habían ejercido en el pequeño reino de Cerdeña.

El resultado de la votación fué que de 30.700 electores se declararon en Niza 25.700 en favor de la incorporación á Francia y 160 votantes en contra, mientras que en Saboya votaron en favor 1.305.000 y en contra 235, absteniéndose unos 500, poco más ó menos. A fines de mayo aprobó el Parlamento de Turín estas votaciones después de largos debates, en los cuales Ratazzi, Guerrazzi y otros diputados atacaron en términos violentos la política del conde de Cavour y éste la defendió de una manera brillante. El 29 de mayo fué aproba-

do el convenio de la cesión en la cámara de diputados por 229 votos contra 35, y luego en el Senado por 92 contra 10.

Para Italia no fué excesivamente pesado el sacrificio hecho por Cavour, porque Saboya, aunque cuna de la dinastía, hubiera quedado siendo un elemento extraño en el nuevo Estado nacional que empezaba á formarse; pero Niza fué



Vicente Benedetti, diplomático francés

una pérdida dolorosa, si bien, atendido el carácter provenzal de su población, podía ser considerada y cedida como territorio fronterizo entre Italia y Francia, estando como estaban en el otro platillo de la balanza las provincias de la Italia central con sus cuatro millones de habitantes, reunidos en un solo Estado con cuatro millones de piemonteses y dos millones y medio de lombardos. Había además la esperanza de que Francia se vería precisada á dejar hacer al nuevo reino del Norte de Italia, si éste extendiera su mano á la Italia meridional. Cavour abrigaba esta esperanza y la demostró diciendo á Benedetti al firmar



el tratado del 24 de marzo: «Ahora somos cómplices, ¿no es verdad?» y más claramente lo demostró deteniendo á Garibaldi que quería correr á su ciudad natal para influir allí en la votación en sentido contrario á Francia, enviándole un billete con sólo estas palabras: «¿Niza ó Sicilia?» En vista de esto el valiente general, á pesar de su rencor amargo por el abandono de su tierra natal, se dirigió á Sicilia para emanciparla del dominio del rey de Nápoles.

## VI

## LA EXPEDICIÓN DE LOS MIL

En varias ocasiones, el agitador Mazzini había intentado lanzar un buen golpe de sus partidarios republicanos sobre las costas de la Italia meridional, confiando en que la insurrección remontaría del Sur hacia el Norte, llegaría á Nápoles y á Roma y finalmente se desbordaría por todas partes. Con tal objeto á principios de julio de 1859 llamó á un desterrado siciliano, Francisco Crispi, que entonces se hallaba en Londres, y le confió la misión de pasar á su patria con objeto de provocar en ella un alzamiento. Crispi consiguió desembarcar en agosto en Sicilia, pero pronto conoció que las instrucciones de Mazzini tenían mucho de quiméricas. La mayoría de los patriotas se habían afiliado á la *Sociedad nacional* bajo los auspicios de La Farina, antiguo partidario de Mazzini, pero adherido á la sazón á Víctor Manuel, y apenas respondieron al llamamiento: preparóse, sí, un movimiento insurreccional, primero para el 4 y luego para el 11 de octubre; pero habiéndose aplazado finalmente, Crispi tuvo que salir de Sicilia, refugiarse en Malta y pasar luego á la Italia central. Este fracaso excitó al partido de la Asociación nacional, que no quería que los republicanos se enseñorearan de la isla, á desarrollar más actividad y energía, á cuyo fin La Farina, desde el mes de enero de 1860, hizo repartir en Sicilia millares de proclamas pidiendo su anexión á la monarquía de Víctor Manuel.

Cavour había deseado hacía mucho tiempo una alianza leal con el gobierno de Nápoles, pues recelando que la revolución pudiera dar por resultado la expulsión de los Borbones, sería fácil que Napoleón deseara sentar en aquel trono al príncipe Murat, de suerte que el gobierno del Piamonte no tenía interés alguno en que se derribara al joven rey Francisco II mientras éste mostrara amistad á Cerdeña.

Pero con la agitación de Sicilia y el estado de las cosas en Roma cambió la posición de Cavour. Desde principios de marzo la diplomacia francesa trabajó para realizar el plan de encargar al rey de Nápoles de la ocupación militar del Estado de la Iglesia y en particular de las Marcas y la Umbría. El Papa y su ministro Antonelli eran favorables á este plan, sólo que no quisieron proponerlo directamente á Francisco II y solicitaron que Napoleón tomara la iniciativa en el asunto. El emperador accedió; pero no hubo medio de hacer tomar al rey de Nápoles una decisión, á pesar de asegurarle que Víctor Manuel